La Providencia

Nolram

Capítulo 1

La providencia

Impureza y murallas son las dos cosas que uno recuerda de Apexĭtum, bendecida por monjes y astrólogos como la tierra de la prosperidad luego de su unificación. Con sus leprosos, indigentes, también sus pequeñas casas con techo de paja que filtra el agua, cada vez que sobre nuestras cabezas aparece la prometida abundancia transformada en torrentes de agua y viento, que despedazan cada casa por igual, como por designio divino ecuánime. Las formas que obtenemos para rebuscarnos la vida durante el día son más que eso, sabemos que son pequeños regalo del cielo y bien dicho lo de pequeño, minúsculo y poco llenador.

Las viejas leyendas cuentan que este pueblo alguna vez fue un territorio libre, según las eminencias dentro de las iglesias hay viejos escritos que mencionan nuestra existencia, un idioma propio y que aún nos llamábamos Apexĭtum, mantuvieron el nombre luego de adherirlo a sus fronteras, a las de ellos. Incluso entonces teníamos esa pasión por jugar, lo que sea; oro, propiedades, animales, cuando iba a llover, si los peces en un estanque moverían la cola en sentido horario o simplemente de lado a lado. Obviamente algunas ya estaban amañadas, por ello eso su especificidad, pero ahí la gracia de como torcer su estafa hacia nosotros demostrando que le superas como apostador.

Citó Toleyas, un gran filósofo en el 353 A.C a nuestra ciudad, nombró a la ciudad por al Síndrome de Apexĭtum descrito por él como la adicción por apostar, que no será inusual en cualquier otra región del mundo supongo, pero no se había dado que fuese toda una población de adictos por el juego más que por el opio o el alcohol. Los apexĭtenses nos rebuscamos la vida constantemente con el afán de jugar, beber y comer, en ese orden específico, por ello el trabajo dentro de nuestras fronteras solo es para cubrir las más básicas necesidades. Si hay que pagar, las pérdidas siempre dependen de lo apostado e igualmente el daño a tu persona como en todos los lados, cada pago es diferente entre sí, unas parvas monedas como suelen ser las apuestas por pequeñas cosas, como una rebaja en el precio de un producto en un pequeño almacén, pero las cosas pueden ponerse escabrosas cuando no siempre se apueste dinero, sin minimizar que igualmente perder tus tierras, hogar o pertenencias no es una perdida escasa.

Pero no igualan a las apuestas en los términos inmateriales, más bien abstractos o subjetivos, donde muchos precios son más bien especulativos al prejuicio de los apostadores. Como una niña vale más que una mujer cuando la apuesta tiene como base la castidad, e inversa cuando refiere a utilidad. Los mineros por ejemplo, son conocidos por ser buenos apostadores, pues técnicamente nunca pierden, siempre pueden decir que

están apostando una roca de mucho valor que se ve muy bonita, cuando en realidad es cualquier pedrusco mimetizado con algo que supera su precio con creces, obligando así a su contrincante a apostar algo siempre superior al del rival, hay que informarse correctamente sobre quién y qué a la hora de apostar.

Libros viejos siempre eran puestos sobre las mesas para verificar la veracidad, pero con el tiempo hemos comprados, ganados en apuestas o robados manuales y libros actualizados de toda índole, por nosotros, los que podemos salir de las murallas a trabajar, a la gran ciudad de fuera llamada Greta, sin afán de irnos más lejos. Estos libros amarillentos por dentro y marrón cuero por fuera especifican cada roca y mineral conocido, como cerciorarse si son reales así como también cuánto vale, sin lugar a dudas es mejor que hacerlo a ojímetro, pero los libros no están actualizados así que seguramente el precio sea inferior al actual, lo mismo se repite con cualquier otra cosa como vasijas, cereales, herramientas, animales, plantas y todo lo que tengamos en nuestras manos.

Acumulando el conocimiento en las bibliotecas de las iglesias y un poco en los míseros aficionados a la lectura, con tal de siempre saber a quién o donde recurrir si se acusa disparidad en las apuestas. Es por ello útil trabajar fuera de las murallas aislantes a la realidad en las que está envuelta Atexĭtum, para traer las novedades de fuera. Pero salimos cerca de nuestro círculo de roca, porque tenemos miedo de alejarnos de él.

La falta de pan y agua remanecía tras los gruesos adoquines escalonados en la perversidad, y pese a la necesidad parece ser que el límite llega hasta el futuro. Si tu vida no alcanza para pagar la deuda que adquiriste, la seguirán pagando tus futuras generaciones. Si no se quiere pagar de este modo, la servidumbre es lo que sigue, pero si has hecho la apuesta completamente ido de tus cabales y supera, por mucho a tu vida también se incluirá a tu familia y descendencia futura como forma de pago, cediendo tu cuerpo y alma semi-libre, ahora exenta de la conjugación social, solo visto como una mula en dos pies. Si se es mujer el pago además traerá consigo darle hijos al ganador o ganadora de la apuesta, ya que podría hacerte tener hijos con otras personas, claro está. Volviéndote así una criatura que emana descendencia hasta cumplir con su deuda,o hasta que tu cuerpo fofo e inválido se perpetúe horriblemente con los desvalidos, arrastrándose sobre la tierra de los caminos públicos bajo la burlesca mirada de quien te vea, tomando en pechos a los hijos que no quisiste tener. En caso de ser hombre, trabajarás arduamente, volviendo a tus huesos areniscas y a tus músculos finos hilos desgarrados, que con el mismo roce del aire se derrumban en el suelo destartalándose cada parte como si el aire fuese un barbero amputando con su pulso impoluto, juzgado como las más baja de las bajezas.

Ya descrita su gente, sería bueno describir nuestra historia. Nuestro territorio montañoso, con fallas y acantilados tuvo muchos interesados en

reinarlo antes de su fatídico encarcelamiento, aunque sea difícil cultivar o criar, aún había quien desease reinar sobre los acantilados y las cabras. De esa época quedó un recuerdo, más bien un recordatorio sobre la colina más alta; Un castillo descrito como blanco, ahora gris con verde por el polvo y el moho que se aglutina en sus resquicios, que aunque ahora se usa para algunas apuestas clandestinas de gran tamaño, antes fue el hogar de la casa Opren, aspirantes al trono de Apexĭtum, representantes de los Heraldos en nuestras tierras.

Auctoritatis son aquellos hombres mandandos como matones por esas figuras omniscientes llamadas Heraldos que nunca develan sus intenciones, solo sabemos sus nombres y eso da significado a todo lo que ocurre. Tampoco hemos visto sus presencias, pero siempre dicen los auctoritatis que están en todos lados observándonos, ellos en el vino tinto de su sangre traen la gracia divina, afirman que son hijos de la Sagrada Familia, hechos a semejanza de Dios como nosotros, pero elegidos para reinar sobre el resto por órdenes del rey de reyes.

Mientras el resto de casas empezaban con los cimientos de sus casonas, los Opren ya habían terminado su castillo en la colina más alta gracias a los mejores arquitectos costeados por los omnipotentes sobre nuestras cabezas. Un castillo de adoquín blanco y ventanales mosaicos con figuras que recordaban a las iglesias, en su interior se dice que había muebles de madera negra africana, porcelanas orientales, cortinas de seda y manteles de cachemir, candelabros de oro y plata, cuadros y esculturas de marmol traído desde las montañas más altas, una gran biblioteca junto con otras riquezas de ensoñación. Cuando se terminó la construcción, también firmaron con sangre sobre el que iban a perderlo todo, a poco que los arquitectos acomodaban sus enseres en sus caravanas y se retiraban por la puerta principal de la ciudad, los obreros volvían a sus hogares en las tierras bajas en la puerta principal hubo un toque de puertas único en aquel gran castillo. Lo que pensaban que era algún arquitecto, albañil o peón que se olvidó algo, en realidad fue una muchedumbre, con los mismos peones a la cabeza con el afán de apostar, los quinientos metros de subida estaban acaudalados de apostadores hambrientos por la nueva riqueza en la colina.

Mandaron a su guardia a apostar por ellos, poco a poco iban paleando al gentío abarrotado en su pórtico. Pero cuando los guardias ya no tenían nada que jugar, tuvieron que apostar su vida y los futuros reyes, bajo la excusa de que lo que ganen los guardias es de ellos, se quedaron con los esclavos ganados. Pero eso no sería suficiente. Ahora, con los guardias como esclavos, se habían recuperado las bajas por el lado de los juerguistas y no pasó mucho hasta que tuviesen que apostar a sus esclavos también. Así que los esclavos y los antes guardias estaban apostando en nombre de sus nuevos dueños hacia sus anteriores mandamáses, siendo cuestión de tiempo hasta que tuviesen que apostar algo de dentro, los muebles, las porcelanas y demás riquezas se

esfumaban en un soplido de esa gran construcción a estrenar, mientras los que arbitraban recibían su parte pactada, los ladrones atentos veían quien iba incómodo con su carga y amablemente les quitaba el peso, mientras que en el pie de la montaña los abogados y contadores hacían lo suyo, sentados detrás de una roca improvisando una oficina con sus contratos listos. Cuando bajo el poder de los reyes no quedó más que adoquines, los leprosos con nada que perder se mancomunaron y juntos apostaron a los ganadores, arrasando completamente en las apuestas abriendo el terreno y en su hercúlea hazaña, se cruzaron con los ancianos, que también hicieron equipo embaucando a la otra mitad de los apostadores, así hicieron un pacto de no agresión entre ellos por esas noches juntos y apostando tirados en las calles, tal vez no quisieron quitarse todo entre ellos, sino a los que se los habían quitado.

Las apuestas siguieron hasta que los muebles se volvieron astillas, las porcelanas polvo y los libros amontonados por pilones en las iglesias, dejando ni un mísero recuerdo de esa gran fortuna de los aspirantes a monarcas. Solo un castillo vacío apostado hasta el infinito, con la suerte de no haber perdido a ningún miembro de su familia, pero con el peso de ahora deberle a los Heraldos, solo se recuerda pasado el tiempo a la entrada de los auctoritatis en un momento y yendose como entraron, desapareciendo todo rastro de esa incipiente monarquía. Así el resto de aspirantes cesaron sus construcciones e hicieron con lo poco que les quedaba casitas en las tierras bajas, mientras que el gran castillo blanco tuvo alguna vez un dueño y nunca se supo quién era, tal vez escapó cuando vio lo que se le podía venir encima y nadie quiso repetir el ejemplo de ese misterioso triunfador.

Ese acto fue tomado como una traición hacia los Heraldos y su voluntad. Cuando el sol matinal volvió a alumbrar al cielo con su tibia luz, los auctoritatis entraron a la ciudad a paso metálico arrasando con todos lo que se moviese, masacrándonos visceralmente, se supo también de violaciones, pero se minimizaron en el comunicado oficial. Exterminaron a los herejes junto con sus familias, pero no podían matarnos a todos, ya que conquistar el desierto resulta una proeza inutil, así que los sobrevivientes, junto con muchos otros esclavos, fueron obligados a construir una gran muralla alrededor de nosotros, confinándonos.

Ahora labrar nuestra reseca tierra, con leves espigas de mala hierba verde y seco pasto, alimentar al ganado famélico hasta la hendidura de las costillas, minar y montar un negocio son las pocas cosas que se nos permite hacer en nuestro encierro, abarca a casi todos en cualquier plazo temporal que impongas, ya sea en su taburete tomándose su fermento de infusión herbácea, que reemplaza al agua de los ríos y lagos ayuntados con el cólera, disentería y desechos humanos, que desperdigados, se fusionan con las entrañas de la fauna acuática o apostando como esclavo de su propio hambre, en cualquier cosa que el día de hoy pudo ofrecerle, también hay trabajitos dentro de las murallas,

pero son solo para reponer las deudas o abastecerse para repetir el lúdico ciclo.

Muchas veces esos trabajitos se relacionan con las deudas de otros, aprovechando la derrota ajena uno puede negociar sus propias deudas con el vencido a pagar, otros con menor suerte terminan trabajando en conjunto con otras personas morosas de la misma persona, donde a veces coincide un cobrador propio. O con las victorias encima de la frente de alguien, justamente ahí es cuando saltan los buitres sobre los caídos y los ganadores, aprovechando su victoria necesitarán atender a sus básicas necesidades ya citadas anteriormente.

Se inventó hará mucho tiempo una forma de salir, para quienes quieran reinsertarse en la sociedad, es con diploma largo como una serpiente y es un permiso oficial que solo tenemos los que no tenemos antecedentes criminales o apostadores, buenas notas en las escuelas de las iglesias y que seamos de aspecto cuidado, así certificamos que podemos salir como ciudadanos de bien, a la manera tradicional, siempre pensé que era para aclarar los milagros de los Heraldos a los de fuera, como si nuestro encierro nos rehabilitase de las garras del Diablo.

Fuera, o más bien en Greta, trabajamos arduamente para llevar las novedades a Apexĭtum, noticias, libros, artilugios como por ejemplo las lámparas a petróleo y alimentos frescos. Aprovechamos las semillas para plantarlas y no depender tanto del exterior, los comerciantes también traen ganado que crían pese a la dificultad del terreno, pero el ganado de cabras ha sido mucho más prolífico. La angustia que sentimos cuando estamos fuera de nuestra ciudad acrecienta con la caída del sol, sentimos desesperación, sudamos y apuramos a terminar todo lo que tengamos que hacer, porque una vez el sol cae los auctoritatis nos toman de las greñas y nos lanzan de nuevo bajo la sombra de la gran muralla, pero aún sin que lo hiciesen siento desarraigo cada vez que salgo, aunque sea por un rato de Apexĭtum, una abstinencia a ella que solo se cura cuando paso por la puerta principal, cruzando al umbral vivificador de mi dependencia, aunque sea a golpes y empujones.

Y se nos obliga a agradecer esa libertad y orden impuesto en el nombre de los honorables Heraldos, agradecer hasta que llegue ese día que solo se repite cada vez que hay luna llena, la que significa buena suerte.

Ahí se deja de agradecer y nos volvemos oportunistas sin igual. Cada poblador se transforma en una tinaja rota para arriesgarlo todo, sin satisfacción por haber ganado algo, ya que ganar significa poder seguir ganando. Bajo orden heráldica se descargan de carrozas un séquito de auctoritatis, montan clandestinamente a la luz de las antorchas bajo la luna llena siete largas filas, con 7 mesas de juego, taburetes y siete urnas en el extremo más cercano a la puerta principal, por si hay que salir a

toda velocidad de este domo amurallado vertedero de toda la infamia.

Así cada final de luna llena frente a la salida de este rebaño entre muros de roca comienzo esperado a nuestro mejor entretenimiento: La Providencia.

Una moneda de bronce raspada es lo único que me queda para apostar. Determinada y segura fui directamente al juego principal con nombre oficial, pero su nombre informal es el realmente importante, cual se usa realmente, pero no podemos mencionarlo ni por error mínimo cuando toda la parafernalia desembarca. Pero todos saben a cuál te refieres cuando mencionas que vas a apostar una moneda, una vez se inicia este juego, se es revocada la licencia de salida, ya que, este juego cuenta como un antecedente de apostador, constatado por la mano dura del poder, por tanto, innegociable a cualquier escala.

Por eso le llamamos Alea Deus o Juego de Dios, aunque ellos le llamen ruleta, porque te juegas todo en él, por una oportunidad única, pero tan improbable que pasa a ser un sueño siquiera que se cumpla. Una pequeña bola de cristal que cambia de color cada vez que entra la luz del sol por sus lados, mientras rebota sobre múltiples casilleros repartidos sobre un rectángulo de madera, los colores y sus variaciones siempre son discutidas en arduos debates, supone una situación chistosa por si sola ver a los ignorantes como los auctoritatis y a los ludópatas, debatiendo sobre gama de colores cual si tuviesen manejo en artes, con tanta confianza como para cuestionar y validarse en la percepciones de innumerables terceros.

Esta bola de cristal es liberada al principio, después de que ella encastre con algún casillero, se dejan caer las verdaderas apuestas con bolas de cristal monocromáticas, desde el amarillo hasta el violeta y tanto los premios como los castigos serán más o menos severos dependiendo del color apostado o la cercanía a Deus, la bola de principal se llama así, solo podemos decir su nombre frente a la mesa de juego, el resto de bolas deben tratar de parecérsele o acercársele, perdiendo quien se aleje más de su ubicación o su color. El premio es un permiso que brinda la libertad absoluta fuera de los muros.

Las apuestas se pagaban en un principio con trabajo forzado equivalente al monto apostado, pero los ludópatas más efervescentes se fueron uniendo al ruedo, siempre son viejos o personas locas, fuera de sí, algunos por aspirar los vapores de los hornos fundidores, también por los vahos de las minas, pero hay tantos motivos para estar loco, como cosas que se puedan apostar.

Las apuestas con tal de ganar eran cada vez con menos dinero, asumiendo entonces que el pago sería aumentando los días de trabajo. Pero nadie aceptaba esta forma de pago, ofreciendose pagos en personas,

animales o en tierras se pensaba arreglar el meollo, pero la negativa unánime, solo dejaba a la muerte como única alternativa posible. Cuando los apostadores que jugaron tacañas monedas, aceptaban esta nueva forma de pago tan tranquilos igual a cuando empezaron la partida, solo supieron los canallas, ponerlos en fila uno a uno y atravesarlos con sus alabardas.

He visto a cientos de personas ser atravesadas hasta morir solo por jugar una moneda a la bola equivocada. Esos son lo común dentro del juego, masacres que se reiteran una y otra vez cada mañana después de la luna llena. Pese a todos esos torsos apilonandose como paja seca sobre el piso, contandose las cabezas que ruedan, apostandose a cuanta distancia rodarían, nosotros seguimos reproduciendonos más rápidos que los conejos, incentivando a las jovenes generaciones de seguir tirandose sobre la boca del mismo agujero donde sus familiares, amigos, conocidos y vecinos reposan con mirada descolorida, esperando a verles caer también.

Pero veces alguien gana el juego, formandose varios grupos muy distintos entre sí. Hay de esos que siempre regresan para jugar o visitar a sus familias y vuelven a sus hogares fuera de Apexĭtum, aprovechando lo poco bueno que se tiene y a sabiendas, irse para seguir aprovechando lo poco bueno de fuera. Otros nunca toman la oportunidad, deambulan por nuestra ciudad cual si no tuviesen ese tan preciado derecho, pero hay una minoría que jamás regresan, conformando una pequeña lista anotada en nuestras cabezas, esperando a verlos de nuevo, hambrientos por jugarlo todo.

Podría ser por todo lo dicho que apostar cada luna llena se ha transformado en una fascinación, por el gran pago que incluye, esa mística del a todo o nada. Tal vez apostaré mi última moneda en busca de algo mejor fuera de las murallas, perderé mi derecho a salir sin discución o reclamo aunque acepte otras formas de pago, no sé si el juego o la recompensa son esa oportunidad de una vez en la vida. Si juego por la libertad absoluta o simplemente por el placer de arriesgarlo todo, solo porque sí, en Apexĭtum nunca se sabe.